ponía el ejemplo del cuchillo de cocina que puede ser arma asesina para el criminal, pero es, igualmente, en manos del ama de casa, instrumento pacífico para la preparación de alimentos.

A partir de ese juicio ya todo le está permitido al científico y al técnico. La sed del descubrimiento del más allá, de llegar antes al objetivo o, simplemente, de ver qué pasará, convierte a los científicos en aprendices de brujo, cuando no en estafadores como fuera el caso del biólogo Trofim Lissenko que, para adaptarse a las exigencias megalómanas de Stalin, proscribió la genética por ser incompatible con el materialismo histórico. Este burdo encaminamiento hacia una vía muerta de la ciencia biológica en Rusia, además de entrañar un ponderable y la condena a muerte de los biólogos de nombradía mundial como Nicolás Vavilof, es una prueba más en favor de los temores que abrigamos frente al poder de la ciencia *"Knowledge is power"* dijo Bacon, cuando en regir a la humanidad a través de ella concierne.

La ciencia, conducida por un dictador o un megalómano puede reducirnos, a todos los mortales en esclavos de este monstruo. La presencia de esta índole de monstruos es, además, posible.

Hubo un momento en que los genéticos se asustaron de sus posibilidades creadoras. La ingeniería de la genética está en condiciones de fecundar *in vitro* un individuo poseedor de un porvenir genético perfectamente previsible. Se puede engendrar, de esta manera, una cantidad inconmesurable de individuos idénticos derivados de una paternidad única. *El mejor de los mundos* de Aldous Huxley, el 1984 de George Orwell o *Los desposeídos* de Ursula Le Guin dejan el terreno de la ciencia ficción para incorporarse al de la cotidiana realidad. Hermann Mueller propone la conservación mediante el frío, de las muestras de esperma perteneciente a hombres extraordinarios y ellos en detrimento del resto de los mortales. El embrión, a su vez, en el seno de la madre, puede sufrir cambios deseados, ora para rebasar los niveles medios de los humanos, ora para quedar postrado al estado de embrutecimiento permanente.

Tanta peligrosidad ha entrañado esta ofensiva de la genética que los científicos volcados a esta disciplina llegaron, en 1974, a la aplicación de la autocensura y a la suspensión de los experimentos en sus laboratorios. Esta actitud no podía durar siempre y en febrero de 1975 se reunieron cerca de ciento cincuenta genéticos, en California, para acordar, por unanimidad, la reanudación de los ensayos y los experimentos. Porque lo que más peligrosidad encierra, la ciencia, más que su poder, es su fuerza irrefrenable que sigue siempre escalando independientemente de los predios en que transita y los tabús que destroza. Su fin será nuestro fin.

La estrategia de la ciencia tiene algo de militar. Cuando un planteamiento se abre camino y llega a ser aceptado de acuerdo con los conocimientos que en un momento dado del tránsito del hombre por el mundo existen, este planteamiento adquiere condición de axioma y el científico se sirve de él para su escalamiento hacia otros arcanos. Si el